

Los collarines se han vuelto collares vertebrales. En cuanto a los desmosomas, al parecer siguen uniendo las células de la piel o del corazón. Se condensan en esos tejidos. Sus membranas se enganchan a ellos. Y allí se mantienen. Firmemente.

28 de agosto de 2008, Kiev. ¿Le gustaría ir mañana a Prípiat? ¿Prípiat? Sí, la ciudad de Chernóbil, estamos organizando un viaje. Llegaremos directo al lugar, ya verá. Sí. He respondido que sí. ¿Por qué lo hice?

Ha caído la noche, el viento sopla con fuerza. Desde la ventana observo un cartel que se retuerce. Anuncia una exposición: los desastres de la guerra de Goya, en el Museo Nacional de Arte de Ucrania. El viento es duro, lluvioso. ¿Para qué ir a Chernóbil? ¿Para atestiguar el desastre? Si Goya ya lo hizo, allí, a doscientos metros. Kiev duerme. Adivino la fachada del museo a pesar de los nubarrones.

“Odio los viajes y odio a los exploradores. Y he aquí que me dispongo a relatar mis expediciones” (Lévi Strauss 1955, 13). Se esboza el proyecto de una *experiencia interior* que equivale a la de la espera impuesta al navegante cuando, obligado por la tempestad, no puede hacerse a la mar. Llamo a Christophe. Los desastres de la guerra nos esperan mañana. ¿Qué se le hace?

Me alejo de la ventana, me siento y dibujo mi primer collarín. Los desmosomas vendrán después. “La experiencia es la puesta en cuestión (puesta a prueba), en la fiebre y en la angustia, de lo que el hombre sabe por el hecho de existir” (Bataille 1954, 16).

El bolígrafo resbala sin apoyo. El trazo se enrolla sobre sí mismo, desaparece bajo superposiciones agradables, cada vez más intencionales. Busca un asidero y lo encuentra. La meditación se pone en marcha. Prípiat, un lugar que ha

De COLLARINES y de-smosomas

Dominique Pécaud

Traducción de Diana Luz Sánchez

¿Para qué ir a Chernóbil? ¿Para atestiguar el desastre? Si Goya ya lo hizo, allí, a doscientos metros. Kiev duerme. Adivino la fachada del museo a pesar de los nubarrones.

sido vaciado de sus víctimas, las que aún viven o las ya fallecidas. ¿Dónde están ahora si ya no están allí? Lo desconozco. Digamos que están allí... ocasionalmente. En tono menor. ¿A quién dirigirse? A nadie. Seguiré dibujando este lugar mucho después de haberlo dejado. Acondicionaré en trampantojo un albergue, como muchos otros trampantojos. Surgirán seres solitarios. Cada vez más y más. Gesticulantes. No habrá que esperar ningún reconocimiento por parte de ellos. Lo he intentado ciento treinta y cinco veces. Sin embargo, ciento treinta y cinco veces se definirá una subjetividad desaparecida. El trazo la volverá objetiva por azar.

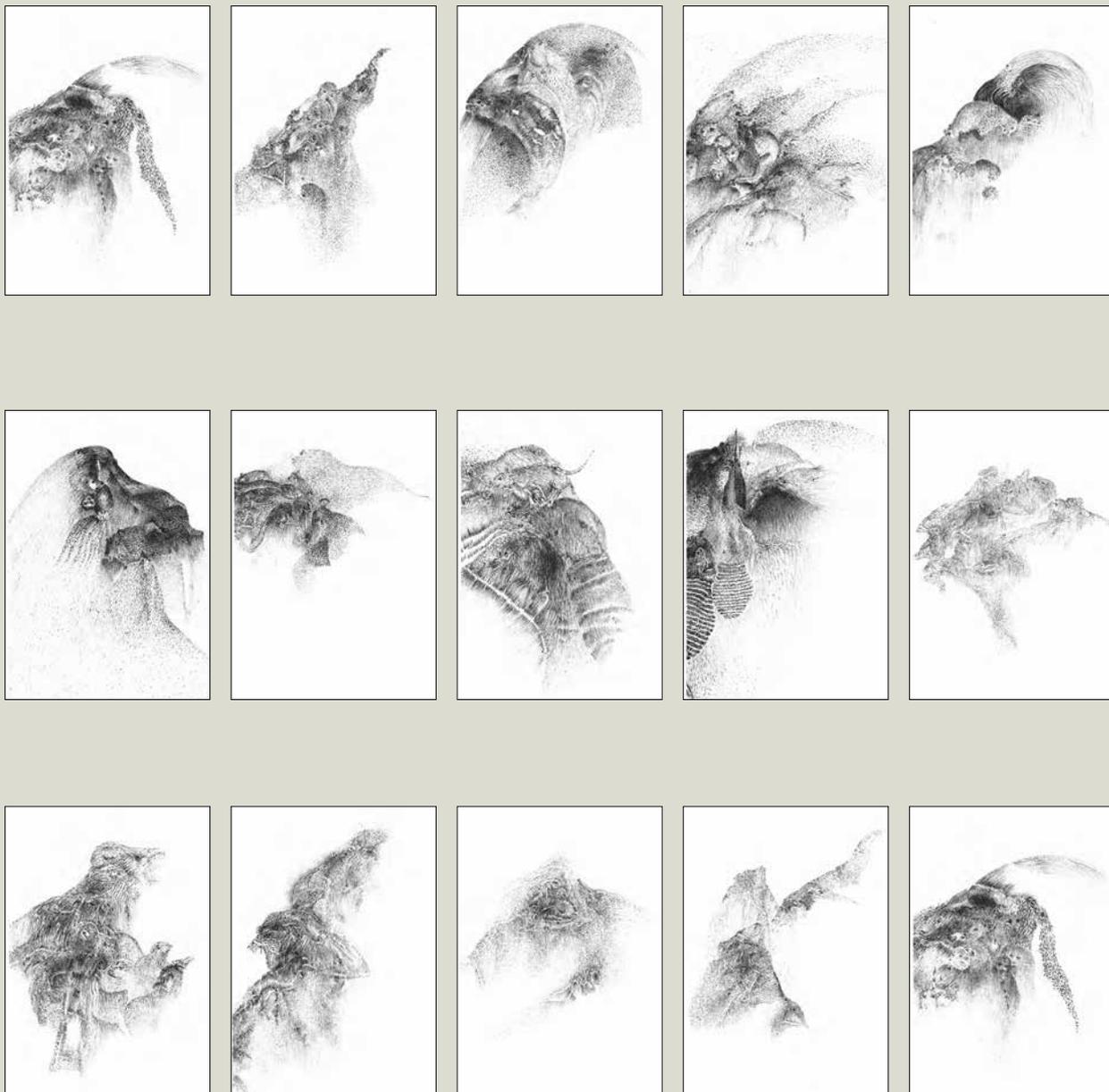
Las formas pueden adherirsele.

El reconocimiento del otro es signo de amor, y voluntad de entablar acciones legales. Hay que prestar atención al otro. Así es como se sostiene. ¿Quién? La humanidad.



La delgada página se arruga un poco bajo el efecto de la pluma que se apoya. Como si se acercara pese a que todo el tiempo trato de mantenerla a distancia. Reagrupar a esos muertos en una experiencia singular. Llegar a ese resultado me tomará mucho trabajo.

Maxime (De Leo y Bisson 2007) atestigua la intimidad del viaje. El retorno a Prípiat. Se asocia



a los lugares y los objetos para ser niño. Estos los dejan penetrar. La intimidad es aceptación de lo que penetra en uno mismo y se vuelve familiar: una tienda de juguetes, una pelota de hule roja y blanca, su trayectoria detenida por la grava. Un póster, en una recámara, con la cara bondadosa y atenta de un caballo blanco. Es con la vara de la experiencia de esa felicidad inventada como cada quien mide su desgracia. ¡Tonterías! El caballo solo

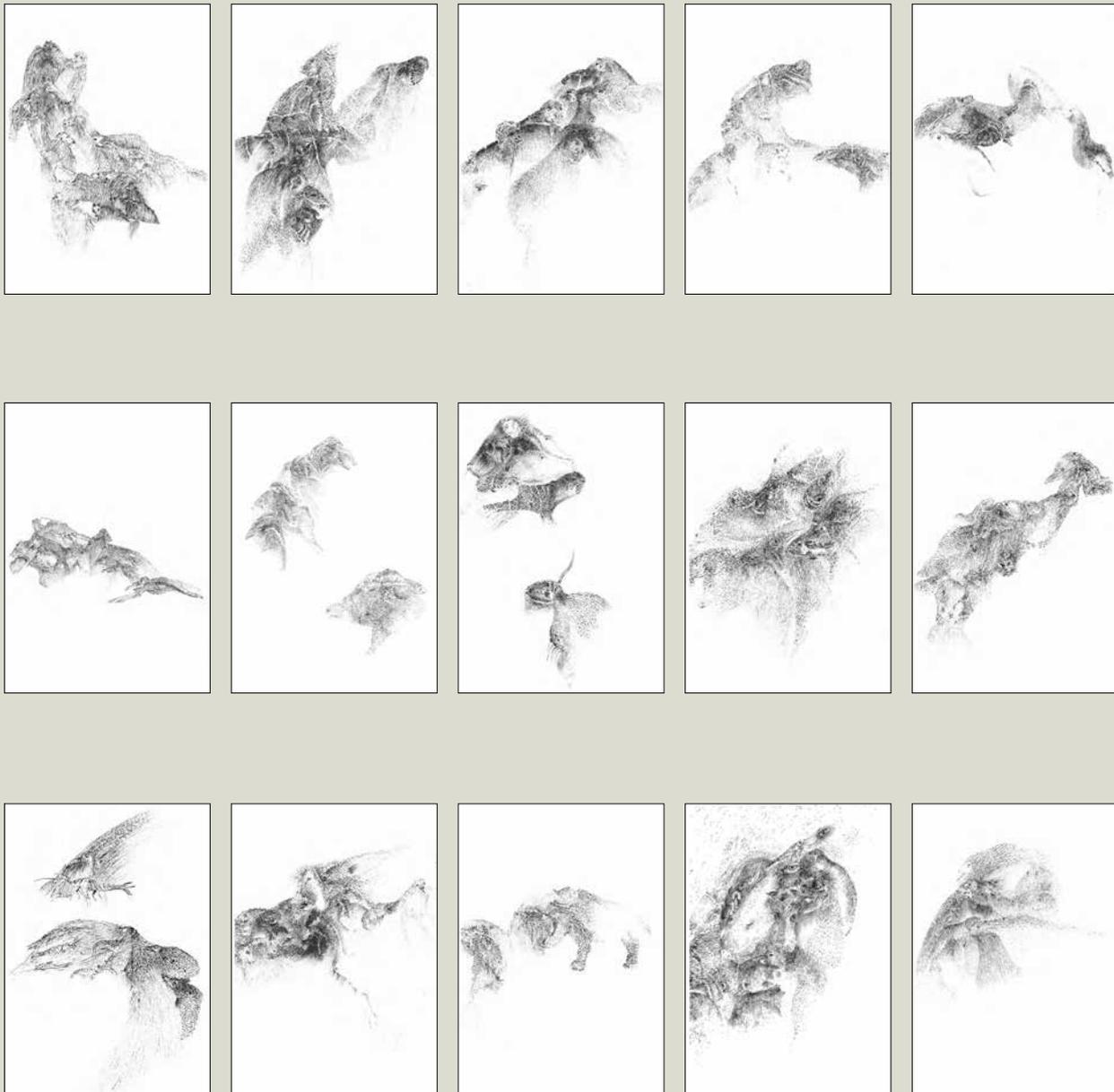
está atento. Espera, con el hocico sobre la puerta de la caballeriza.

¿Invitación a la dulzura? ¿Pero cómo amar a los muertos cuando han sido desfigurados por la violencia? No se adivina el estado de las patas de ese caballo. Imposible, el trazo ha perdido el asidero que había creído atisbar. Se detiene.

Maxime se irá de nuevo. El caballo se quedará. Está allí. Lo he atrapado. Por todos sus extremos. Los muertos y los ausentes se pare-

cen. Entonces, el desconcierto que los reúne puede volverse vasto y generoso, si se coincide en este punto.

Me quedó como tarea construir un memorial para Prípiat. *De collarines y de-smosomas* es el resultado. Aunque abundante en apariencia, este memorial está vacío. ¡Pero cómo!, dice él con aire fastidiado. Pues sí, mira bien, le respondo. El vacío aparece entre las uniones que hacen visibles las formas. Toma la lupa, está en



abismo. Los ciento treinta y cinco dibujos están allí, pero hay millones de ellos. Mira bien. Allí, donde reside todo, al final del asidero: la licuefacción, la liquidación, el mal de Chernóbil. **LPyH**

• *Des minerves et des mosomes* se presentó en el Lieu Unique, Scène Nationale, del 8 de abril al 11 de mayo de 2014.

Nantes, Francia, 9 de diciembre de 2017

REFERENCIAS

- Bataille, Georges. 1954. *L'expérience intérieure*. París: Gallimard.
- De Leo, Maryann y Christophe Bisson. 2007. *White Horse*. Nueva York: Downtown TV Documentary.
- Lévi-Strauss, Claude. 1955. *Tristes tropiques*. París: Plon.

NOTA

¹ En francés se hace un juego con el título “Des

minerves et des mosomes”, separando el artículo “des” en el segundo sustantivo, pero en español es imposible hacer la misma operación.

Domique Pécaud ha llevado, desde hace más de cuarenta años, una carrera artística discreta marcada por algunas exposiciones. Realiza una serie de dibujos trabajando con la repetición y el agotamiento de los temas, ilustrando así su relación con la entropía de la sociedad industrial.

